

Infocracia – La digitalización y la crisis de la democracia (2022)

Byung-Chul Han (1959, Seúl, Corea del Sur)

Comentarios sobre el libro para Taller de Tesina, LCC, FCEIA, UNR, 2024

Son muchxs lxs autorxs que, desde la sociología, la antropología, la filosofía, intentan dar cuenta de las novedades de nuestro presente. No es fácil hacerlo. Es un poco más fácil hablar del pasado (aunque no siempre) donde las cosas “ya sucedieron”. El presente (llamemos “presente” al pasado reciente, porque el “presente” es inasible) es de difícil acceso y —cada vez más lo notamos— de una multiplicidad de capas que dependen del lugar que ocupó en el mundo en términos geográficos, generacionales, de clase y tantos otros factores. Aun así, hacemos este ejercicio: nos adentramos en las propuestas de Byung-Chul Han y tomamos su pensamiento como marco de referencia para pensar y debatir, coincidir o discrepar, apropiarnos de sus conceptos, desarmarlos. Vamos entonces.

Entrada: “Libertad” de acción

Michel Foucault fue un pensador reciente de mucha influencia. Byung-Chul Han lo toma de referencia para iniciar su recorrido. Han hablará de poder y de control, dos conceptos que Foucault trabajó muchísimo. Dice Han: hoy el *control* se ejerce sobre nosotrxs mientras sentimos que nos movemos con total libertad en las redes sociales, entre *likes* y algoritmos.

¿Podemos pensar la pantalla del celular como una *cárcel* a la que accedemos con la yema de nuestros dedos? ¿En qué sentido? ¿Qué nos obliga a estar ahí? ¿Algo nos *fuera* a hacer lo que no queremos? ¿Somos libres cuando nos movemos en las redes?

Como personas cercanas a los conceptos de programación detrás de las redes sociales, sabemos que sus algoritmos se programan con técnicas perversas: son herramientas diseñadas para aprovecharse de “debilidades” de nuestra psicología. Han no se detiene en esto, sino que las analiza como usuario: existen incentivos que nos mantienen en la red, tanto en clave “productores” como “consumidores” de contenido (“prosumidores”). Nadie está moviendo nuestros dedos por nosotrxs: accionamos con aparente libertad cada uno de nuestros dispositivos, en particular el celular. ¿Qué clase de libertad es ésta?

Cada *clic* es registrado por el algoritmo. Nuestro perfil no sólo es accesible por el contenido que producimos, la “foto de perfil” que asociamos a nuestro usuario, sino por cada *clic*. Los algoritmos son

cada vez más precisos en caracterizarnos a partir de esta información. Han toma el concepto de otro autor para decir que esto puede leerse como una especie de “acceso al inconsciente” o al menos a una parte del inconsciente porque, ¿podemos dar cuenta conscientemente de cada *clic* que dimos en la pantalla y por qué lo dimos? ¿Podríamos, con cien de nuestros propios *clics* en una red social, construir nuestro propio perfil de uso de la red social? ¿Sabe más el algoritmo de nosotrxs mismxs que nosotrxs mismxs?

Infocracia

Han delinea en la sección central una línea histórica: desde la “dominación por parte de los mitos” tiempos de la alegoría de la caverna de Platón —las sombras que se proyectan en la pared-pantalla—, a la “dominación por parte de los dispositivos” hoy, pasando por el tiempo de las pantallas de TV y el poder de los medios televisivos. El dominio de la “esfera pública” —nos dice— dependió siempre de quien domina las “pantallas”.

A diferencia de lo que tal vez nos imaginamos al pensar en *control*, las pantallas hoy no nos observan, no está “el ojo de Gran Hermano” observándonos: somos nosotrxs quienes nos mantenemos voluntariamente conectadx, todo el tiempo, y brindamos “voluntariamente” la información al algoritmo. Somos quienes nos conectamos y accionamos los dispositivos. Han usa un término fuerte: somos adictxs a las pantallas. Y no es la adicción pasiva de quien mira el televisor sentado en el sillón —una imagen muy caricaturizada que conocemos todxs—, sino aparentemente activa, accionando y generando contenido. ¿Cuánto tiempo pasamos, por ejemplo, leyendo y escribiendo mensajes de WhatsApp™?

¿Qué es la esfera pública? ¿Qué sucede en la esfera pública? ¿Qué cosas dependen de lo que sucede allí? ¿La queremos? ¿Somos parte de ella? ¿Cómo influimos sobre ella? ¿Tiene sentido dedicarle nuestro tiempo?

Han, en este capítulo, separa “racionalidad” de “inteligencia” de “afectividad” (plano emocional). La racionalidad, dice, requiere de tiempo, se nutre del tiempo. La inteligencia piensa y permite actuar a corto plazo. En lo personal, nunca escuché esta separación, pero tomémosla para el debate. La naturaleza de la información hoy —dice— erosiona la posibilidad del largo plazo, “atomiza el tiempo”: no da lugar a la racionalidad; nos permite, a lo sumo, el uso de la inteligencia. A la vez, nos vemos afectados en el plano afectivo por cada pieza de información, cada *fake news*, cada alarma. La

información no se distribuye sin su carga emotiva. Dice la matemática Cathy O’Neal sobre Trump: actúa como un algoritmo oportunista, guiado sólo por las reacciones del público.

El regimen de la disciplina del que hablaba Foucault tenía, como muchos “datos”, la información demográfica. Esto permitía al Estado llevar a cabo una “biopolítica” (“política de los cuerpos”). Hoy, el celular puede considerarse un dispositivo “psicométrico”, lo que habilita la posibilidad de hablar de “psicopolítica”. La infocracia basada en datos, afectando la decisión de cada votante a nivel subconsciente con herramientas de *microtargeting*¹, socava el proceso democrático, que presupone la autonomía y el libre albedrío.

En la infocracia, la información se utiliza como un arma. Ya no hay lugar para el discurso. La democracia se hunde en una jungla de información, entre tuits, bots, *fake news* y memes. “Ni el discurso ni la verdad son virales”. La *infodemia* —difusión viral de información— no se puede combatir con la verdad. “Es resistente a ella”.

La crisis del escuchar

En el tercer capítulo, Han trae a Jürgen Habermas, para pensar el tipo de comunicación del que depende la democracia. Habermas propuso la idea de “acción comunicativa”: cada lado de la conversación asume la validez de sus propias convicciones; si éstas no son aceptadas por otrxs, se abre un debate discursivo, que se da sobre un “fondo” común de discusión. Este es un acto comunicativo que intenta llegar al entendimiento entre las diferentes pretensiones de validez. Se emplean argumentos destinados a justificar o rechazar esas pretensiones de validez. Hay una racionalidad inherente a este proceso, a la que Habermas llama “racionalidad comunicativa”. Recordemos el peso de la palabra “racionalidad”, refiere al modo en que construimos nuestra forma de pensar, construir opiniones, todo aquello que asociamos a nuestra propia racionalidad. Habermas le da un peso importante a aquella racionalidad que emerge del diálogo con otrxs.

¿Qué significa escuchar a lx otrx? ¿Puedo transmitir mis convicciones argumentando? ¿Permito que los argumentos de la otra parte transformen mis ideas? ¿Busco ganar discusiones, “convencer” a lx otrx?

1 Técnicas de análisis de datos para mostrar publicidad ultrapersonalizada según perfil del usuario. Una sola búsqueda arroja muchos resultados sobre los efectos de las técnicas de *microtargeting* de Cambridge Analytica™ (compañía británica), con datos de Facebook™, entre otros, sobre las elecciones de Estados Unidos en 2016.
<https://www.google.com/search?channel=fs&client=ubuntu-sn&q=cambridge+analytica+article#ip=1>

¿Sirve para algo debatir? ¿Quiero hacerlo pero no encuentro con quién? ¿Soy capaz de decir lo que pienso? ¿Puedo escuchar? ¿Quiero escuchar?

Han se debate entre la idea de “burbuja filtrada” y “tribalidad” en las redes. Los algoritmos crean burbujas —con nuestra ayuda— donde sólo vemos aquello que resuena con nuestros gustos y opiniones. Las burbujas funcionan como “cámaras de eco”. Por otro lado, las “tribus” son grupos de personas que acceden a todo tipo de contenido, inclusive el que va en contra de sus convicciones, pero lo rechazan de plano. Ambas situaciones son perjudiciales para unx ciudadanx en una sociedad democrática.

“El discurso requiere separar la opinión propia de la identidad propia. Los individuos que no poseen esta capacidad discursiva (la de separar) se aferran desesperadamente a sus opiniones, porque, de lo contrario, su identidad se ve amenazada”. La tribalización acentúa, en grupos, la visión de lx otrx como una amenaza identitaria. Las redes sociales, plataformas de contenido basadas en *clics* y otros medios de información digitales, acentúan esta lógica, dispersan la posibilidad de encuentro (de “fondo común de discusión”), dando lugar a una “comunicación sin comunidad”. La “racionalidad comunicativa”, presente en debate democrático desde el siglo XVIII, pierde lugar.

Dataísmo: por un gobierno de los datos

Si la cantidad de datos que cada persona genera permite crear un perfil psicológico tan preciso, predecir nuestro comportamiento y de alguna forma acceder a parte de nuestro inconsciente, ¿por qué no pensar en modos de gobierno que dependan de estos datos? ¿Daría esto lugar a decisiones más acertadas que las que tomamos levantando la mano y votando? La “granularidad” que permite la minería de datos, ¿no habilita nuevas formas de gobierno? ¿Cómo mantener una esfera pública —se pregunta Habermas— en el mundo virtual de la red descentralizada?

Entusiasmado con el método estadístico del siglo XVIII, Jean-Jacques Rousseau propuso la idea de “racionalidad aritmética sin comunicación”. Concebía la voluntad general como una magnitud puramente numérica. Planteó que no era bueno que existieran partidos o movimientos políticos que agruparan a las personas y aunaran sus opiniones, porque esto —podríamos decir, en términos matemáticos— daba menor “variabilidad” a la curva de expresiones políticas. Proponía que cada persona pensara y se expresara por sí misma, estableciera su opinión personal, y luego, por medio de

operaciones aritméticas, se establecería la “voluntad general” sobre un tema determinado. Sin comunicación, sin producción de “discurso”.

Han presenta la posibilidad del “dataísmo”, y lo conecta con aquella vieja propuesta de Rousseau: los “dataístas” prentenderán una nueva “racionalidad” dada por el *big data* y la inteligencia artificial, porque “cuanto más datos diferentes se obtengan, más auténtica será la voluntad general determinada”. Abogarán por un “gobierno de los datos” como instancia superadora a la democracia actual. El discurso —dirán— se sustituye por los datos. Desde la perspectiva “dataísta”, el discurso no es más que una forma lenta e ineficiente de procesar la información. Los argumentos se sustituyen por algoritmos. La sociedad podría prescindir por completo de la política. La democracia de partidos dejaría de existir para dar lugar a la “infocracia como posdemocracia digital”.

La “racionalidad comunicativa” se basa en la autonomía y la libertad del individuo. Los dataístas seguirán a B. F. Skinner, psicólogo norteamericano, que en 1973 decía: “El hombre autónomo es un truco utilizado para explicar lo que no podíamos explicarnos de ninguna otra forma. Lo ha construido nuestra ignorancia, y conforme va aumentando nuestro conocimiento, va diluyéndose progresivamente la materia misma de que está hecho”. Son las líneas que sige la “física social” y el “*behaviorismo*”.

Los discursos (que aunan votos para elegir represenates) están a la base de la democracia como la conocemos. Pero, ¿si hay algo superador a los discursos? Y si lo hubiera, ¿quiénes en la sociedad estarían dispuestos a implementarlo?

La discusión sobre la verdad

En el último capítulo, Han avanza sobre una larga reflexión sobre la verdad. De aquí, sólo dejamos preguntas para la reflexión final: ¿Podemos hablar de verdad² en la era de la información? ¿Hay diferencias entre mentir y crear *fake news*? Han afirma que sí: la mentira conoce la verdad y la cubre, las *fake news* se crean sin referencia respecto a la verdad, son indiferentes a ella. ¿Cuán lejos están las redes de los hechos? ¿Qué efecto tiene esta distancia? Han habla de un efecto de *desfactificación* en la sociedad a partir de esta distancia. ¿Hay posibilidad de construir discursos en la nueva era digital? ¿Hay posibilidad de democracia sin voluntad hacia la verdad? ¿Tenemos posibilidades, todavía, de construir un fondo común para debatir y alimentar la aparentemente debilitada esfera pública? ¿Estamos frente al fin de la democracia como la conocemos?

2 En caso de que la idea de “verdad” nos incomode, podemos usar idea nietzscheana de “voluntad hacia la verdad”.